

lo que hacía. Un día el carnicero, que había visto á Juan Valjean, le dijo:—Es buena pieza;—y ella respondió:—Es un santo.

Ni Juan Valjean, ni Cosette, ni la tía Santos, entraban ó salían más que por la puerta de la calle de Babilonia; de modo que, á no verlos por la verja del jardín, era difícil adivinar que vivían en la calle Plumet. Esta verja estaba siempre cerrada, y Juan Valjean había dejado inculto el jardín para que no llamase la atención.

Pero en esto se engañaba.

III

FOLIIS AC FRONDIBUS

Aquel jardín, abandonado completamente hacía más de medio siglo, había llegado á ser extraordinario y hermoso. Los transeúntes se paraban á contemplarle hace cuarenta años, sin sospechar los secretos que ocultaban sus verdes y frescas espesuras.

Más de un hombre meditabundo ha tratado varias veces de penetrar indiscretamente con los ojos y con el pensamiento al través de los hierros de aquella antigua verja en forma de cadena, torcida, movediza, sostenida por dos pilares verdosos y enmohecidos, y coronada caprichosamente por un montón de indescifrables arabescos.

Había en un rincón un banco de piedra, y una ó dos estatuas cubiertas de moho; algunos encañados, deshechos por el tiempo, se pudrían arrimados á las paredes; no había ni calles, ni césped; sólo abundaba la grama. Puede decirse que había desaparecido la jardinería, y la había reemplazado la naturaleza. Abundaba la mala hierba, admirable fortuna de un pobre rincón de tierra. Los alelíes crecían libre y espléndidamente, y nada contrariaba el esfuerzo sagrado de las cosas hacia la vida; nada impedía su venerable desarrollo. Los árboles se habían inclinado

hasta las zarzas, y las zarzas habían subido hasta los árboles; la planta había trepado, la rama se había encorvado; lo que se arrastra por el suelo buscaba lo que se extiende en el aire; lo que flota en el viento se había inclinado hacia lo que vive entre el musgo; troncos y ramas, hojas y fibras, tallos y zarzas, sarmientos y espinas, se habían mezclado, atravesado, enlazado, confundido; la vegetación, en un estrecho y profundo abrazo, había celebrado y realizado, á la vista del Creador satisfecho, y en aquel espacio de trescientos piés cuadrados, el santo misterio de su fraternidad, símbolo de la fraternidad humana. Aquello no era ya un jardín; era una maleza colosal, es decir, una cosa impenetrable como un bosque, poblada como una ciudad, temblorosa como un nido, sombría como una catedral, olorosa como un ramillete, solitaria como una tumba, y viva como la multitud.

En la primavera, aquel enorme matorral, libre dentro de sus cuatro tapias y de la verja, entraba, como todo, en el sordo trabajo de la germinación universal; temblaba al salir el sol casi como un ser animado que aspira los efluvios del amor cósmico, y que siente la savia de abril subir y bullir en sus venas; y sacudiendo al viento su prodigiosa y verde cabellera, sembrada en la tierra húmeda, en las rotas estatuas, en la desvencijada escalinata del pabellón, y hasta en el empedrado de la calle desierta, las flores en estrellas, el rocío en perlas, la fecundidad, la belleza, la vida, la alegría, los perfumes. A medio día, mil blancas mariposas se refugiaban allí, y era un espectáculo sublime ver revolotear en copos, y á la sombra, aquella nieve viva del estío. Allí, en las placenteras tinieblas del verdor, una multitud de voces inocentes hablaban dulcemente al alma, y lo que dejaba de decir el gorjeo de los pájaros, lo com-

pletaba el zumbido de los insectos. Por la noche, un vapor de meditación se desprendía del jardín y le rodeaba; un manto de bruma, una tristeza celestial y tranquila le cubrían; el perfume embriagador de las madre selvas y corregüelas salía de todas partes como un veneno exquisito y sutil; oíanse los últimos cantos de los petirrojos y de las nevatillas durmiéndose bajo las ramas; descubriase la intimidad sagrada del pájaro y el árbol. Por el día, las alas daban alegría á las hojas, y de noche, las hojas daban protección á las alas.

En el invierno, la maleza estaba negra, mojada, erizada, temblorosa, y permitía ver un poco la casa al través de un seco ramaje. En vez de flores en las ramas, y en lugar de rocío en las flores, veíanse los largos hilos de plata de los caracoles sobre el frío y espeso tapiz de las amarillentas hojas; pero siempre, bajo cualquier aspecto, en cualquier estación, en primavera, en invierno, en verano y en otoño, aquel pequeño cercado respiraba melancolía, contemplación, soledad, libertad, ausencia del hombre, presencia de Dios, y la antigua verja cerrada, parecía decir: Este jardín es mío.

En vano el empedrado de París se extendía por todo el derredor; en vano se veían á dos pasos los palacios clásicos y espléndidos de la calle de Varennes, y muy cerca la iglesia de los Inválidos, y no lejos de allí la Cámara de los Diputados; en vano las carrozas de la calle de Borgoña y de la calle de Santo Domingo rodaban fastuosamente por las cercanías; en vano los ómnibus amarillos, oscuros, blancos y rojos se cruzaban en la encrucijada próxima; todo esto no impedía que en la calle Plumet estuviera el desierto; y la muerte de los primeros propietarios, el transcurso de una revolución, el derrumbamiento de las antiguas fortunas, la ausencia, el olvido, cuarenta

años de abandono y de vacío al rededor habían bastado para reproducir en aquel lugar privilegiado los helechos, los gordolobos, la cicuta, las hierbas altas, las grandes plantas rastreras de anchas hojas y de un color verde pálido, los lagartos, los escarabajos, los insectos bulliciosos y rápidos; para hacer salir de las profundidades de la tierra y reaparecer entre aquellas cuatro paredes cierta grandeza salvaje y feroz; y para que la naturaleza, que desconcierta los mezquinos arreglos del hombre, y que donde puede extenderse se extiende toda entera, lo mismo en la hormiga que en el águila, se desarrollase en un pequeño y feo jardín parisiense con tanta rudeza y majestad como en un bosque virgen del Nuevo Mundo.

En efecto; nada hay pequeño, como lo saben todos aquellos en quienes la naturaleza penetra profundamente. Aunque la filosofía no puede de un modo absoluto ni circunscribir la causa, ni limitar el efecto, el pensador cae en un éxtasis sin fondo cuando contempla esos varios modos de descomposición de las fuerzas que convergen todas hacia la unidad. Todo trabaja para todo.

El álgebra se aplica á las nubes; la irradiación del astro es conveniente á la rosa; y ningún pensador se atreverá á decir que el perfume del espino es inútil á las constelaciones. ¿Quién puede calcular el camino de una molécula? ¿Sabemos acaso si no se crean nuevos mundos por medio de la caída de granos de arena? ¿Quién conoce el movimiento de flujo y reflujo recíproco de lo infinitamente grande y de lo infinitamente pequeño, el eco sonoro de las causas en los precipicios del ser y las avalanchas de la creación? Un arador es un ser importante; lo pequeño es grande; lo grande es pequeño; todo está en equilibrio en la necesidad: terrible visión para el espíritu. Hay entre los seres y las cosas relaciones de prodigio; en

este inagotable conjunto, desde el sol hasta el pulgón, ninguna cosa desprecia á la otra; cada una de ellas tiene necesidad de las demás. La luz no lleva á la región azul los perfumes terrestres sin saber lo que hace; la noche reparte convenientemente la esencia estelar á las flores dormidas. Todas las aves que vuelan tienen en la pata el hilo de lo infinito. La germinación se vale lo mismo del estallido de un meteoro que del picotazo de la golondrina para romper el huevo; y dirige á un tiempo el nacimiento de una lombriz y el advenimiento de Sócrates. Donde concluye el telescopio empieza el microscopio. ¿Cuál tiene mayor vista? Escoged. Un poco de moho es una pléyada de flores; una nebulosa es un hormiguero de estrellas: iguales, y más inaudita todavía, la promiscuidad de las cosas de la inteligencia con los hechos de la substancia. Los elementos y los principios se mezclan, se combinan, se unen, se multiplican unos por otros, hasta el punto de hacer terminar el mundo material y el mundo moral en la misma luz. El fenómeno está perpetuamente replegado en sí mismo. En las grandes transformaciones cósmicas, la vida universal va y viene en cantidades desconocidas, arrastrándolo todo en el visible misterio de los efluvios; empleándolo todo; no perdiendo ni el delirio de un sueño; sembrando un germen animal aquí; desmenuzando un astro allá; oscilando y serpenteando, haciendo de la luz una fuerza y del pensamiento un elemento; diseminada é indivisible; disolviéndolo todo, excepto ese punto geométrico que se llama el yo; refiriéndolo todo al átomo alma; desarrollándolo todo en Dios; combinando y enlazando, desde la más alta hasta la más inferior, todas las actividades, en la obscuridad de un mecanismo vertiginoso; relacionando el vuelo de un insecto con el movimiento de la tierra; subordinando ¿quién sabe?, aun-

que no sea más que por la identidad de la ley, la evolución del cometa en el firmamento á las vueltas del infusorio en la gota de agua. Máquina hecha de espíritu; engranamiento enorme, cuyo primer motor es el mosquito, y cuya última rueda es el zodiaco.

IV

CAMBIO DE REJA

Parecía que este jardín, creado en otro tiempo para ocultar los misterios del libertinaje, se había transformado, haciéndose propio para proteger los misterios de la castidad. Ya no había ni cunás, ni cenadores cubiertos, ni grutas; había una magnífica sombra que caía como un velo por todas partes. Pafos se había convertido en Edén. Cierta remordimiento había purificado aquel retiro; aquel ramillete ofrecía sus flores al alma; aquel jardín lleno de coquetería, tan comprometido en otro tiempo, había entrado en la virginidad y en el pudor. Un juez, ayudado por un jardinero, un buen hombre que creía ser la continuación de Lamoignon, y otro buen hombre que creía ser la continuación de Lenôtre, habían cercado, cortado, igualado, compuesto y arreglado, para la galantería; la naturaleza le había hecho suyo después; le había llenado de sombra, y le había arreglado para el amor.

Había también en aquella soledad un corazón que estaba preparado. El amor no tenía que hacer más que manifestarse; tenía allí un templo compuesto de verdor, de hierba, de musgo, de suspiros deavecillas, de suaves tinieblas, de ramas agitadas, y